

PERCEPCIONES JAPONESAS SOBRE LA UNION SOVIETICA

OSCAR FUENTES LAZO*

JAPÓN-URSS: UNA RELACIÓN DIFÍCIL

En el sector de Azabudai, en Tokyo, existe un edificio grande, de color gris claro y con altas murallas hacia la calle, que es celosamente custodiado por la policía japonesa frente al recinto mismo y también en los dos accesos mayores que tiene la amplia calle en que se encuentra situado.

En este edificio se encuentra la Embajada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en el Japón. En su interior está ubicada la Cancillería de la Embajada y la Sección Consular. También se encuentra allí la Residencia del Embajador y los departamentos de más de la mitad de los cincuenta funcionarios que figuran en la Lista Diplomática, amén de posiblemente muchos otros cuyos nombres no conocemos y cuyas funciones específicas solamente podemos imaginar.

El estricto dispositivo policial japonés (que se hace también extensivo a la Oficina Comercial y a la Oficina de Prensa soviéticas, situadas en otras áreas de la ciudad) tiene como misión principal cuidar la integridad de la Misión soviética. Todos los días y a veces repetidamente en un mismo día, manifestantes japoneses con vehículos y altoparlantes tratan de acercarse a la sede diplomática de Moscú para exteriorizar su repudio por las diferentes situaciones de tensión mundial en que aparece clara la mano del oso ruso (Afganistán, islas del norte del Japón, Polonia, Kampuchea, etc.). En cada oportunidad, la policía despliega personal, vehículos antimotines y cercos metálicos para impedir que los manifestantes lleguen hasta la Embajada. El objetivo se logra, pero igual el estruendo de los micrófonos llega hasta las oficinas del Embajador Vladimir Y. Pavlov.

En muchos países en el mundo, sus capitales registran manifestaciones de distinta índole frente a Embajadas extranjeras. Las mismas son auspiciadas generalmente por fuerzas políticas que, procurando sacar un

* Ex Ministro Consejero de la Embajada de Chile en Japón y actual Director de Política Bilateral.

dividendo interno de una determinada situación internacional, movilizan sindicatos, obreros, estudiantes o simplemente agitadores profesionales. El hombre de la calle, en sus vivencias y aspiraciones diarias, no siempre es interpretado por las protestas que hacen estos grupos, las que a veces se refieren a situaciones muy remotas como lo fueron por ejemplo en su oportunidad las manifestaciones que se hacían frente a sedes diplomáticas norteamericanas en Africa o América Latina por la guerra de Vietnam.

En el caso de Tokyo, la situación es diferente. Los japoneses, en un alto porcentaje, no sienten simpatía hacia los soviéticos y desconfían decididamente de la URSS. Es algo frecuente para un extranjero en Tokyo el que se le acerque un joven japonés y muy cortésmente intente iniciar una conversación que le permita practicar un poco su incipiente conocimiento del inglés. Hay quienes afirman que basta con decir la expresión *Soren* (Rusia) para que el ocasional interlocutor se despida rápidamente. En su libro *The Fragile Blossom* Zbigniew Brzezinski nos dice "...los japoneses no quieren a los rusos. Aún más, tienen fuertes sentimientos de resentimiento y desagrado hacia ellos, posiblemente desagradándoles como nación más que ninguna otra...".

La relación de Tokyo con Moscú es prácticamente una sucesión histórica de malos recuerdos. El primer contacto se produjo en 1792 cuando un enviado zarista, Adam Laksman, llegó a costas japonesas a bordo del "Ekaterina" con el fin de promover el conocimiento recíproco y el comercio. De acuerdo con la política aislacionista seguida entonces por el Japón, el Shogunato Tokugawa se muestra poco dispuesto al diálogo, si bien autoriza al "Ekaterina" a fondear en el puerto de Nagasaki. Doce años más tarde, otro enviado zarista llega a Nagasaki. Las ofertas de comercio de Nikolai Rezanov son nuevamente rechazadas y éste, ofendido y humillado, en su viaje de regreso a Rusia ataca a los japoneses en Sakhalin y en Etorofu, registrándose con ello el primer incidente armado entre ambos países. Se comienzan a percibir en Japón las primeras manifestaciones de temor hacia Rusia y el Shogunato da órdenes de rechazar todo navío ruso que se aproxime a la costa japonesa. Un buque de guerra ruso al mando de Vasili Golovnin es apresado en la zona de las Kuriles y en represalia los rusos capturan un barco japonés al mando de Takadaya Kahei. Ambos capitanes son posteriormente liberados y la tensión baja. Sólo en 1855 (sesenta y tres años después de la misión de Adam Laksman) ambos países concluyen un Tratado de Paz y Amistad. Después de iniciada en Japón la restauración Meiji, diversos incidentes van manteniendo viva la llama de la

desconfianza recíproca. Destaca por lo pintoresco un incidente en que un policía japonés ataca a puñaladas a un príncipe ruso que visitaba Japón. En esa época, el atentado cometido por el policía Sanzo Tsuda es interpretado como una expresión del temor y rechazo subconsciente que en toda mente japonesa hay respecto de Rusia.

Rusia es posteriormente considerada la principal responsable de la presión que recibe Japón obligándole a devolver la península de Liaotung, presa bélica en la guerra de 1894-1895 con China. A partir de este hecho, la tensión entre el Japón y Rusia va a hacerse más marcada hasta estallar en la contienda ruso-japonesa por el control de Corea. En esta guerra, que permitirá a Japón adueñarse de Corea y recuperar Liaotung y otros territorios chinos, se registrará uno de los hechos más brillantes de la historia naval japonesa, al destruir el Almirante Togo la flota imperial rusa en las aguas de Tsushima. El buque chileno "Esmeralda", cedido al Japón en la emergencia, cumplió en Tsushima un destacado papel como navío de comunicaciones, lo que le permitió alertar a Togo sobre la aproximación de la flota rusa.

La tradicional desconfianza japonesa hacia Rusia va a crecer considerablemente como consecuencia de la implantación del régimen que nace en Rusia de la Revolución de Octubre. En la jerarquizada sociedad japonesa, el nuevo sistema político soviético produce una reacción visceral de repugnancia. Tokyo acoge favorablemente el llamado de las potencias occidentales y 70 mil hombres desembarcan en Vladivostok para dar su apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias, especialmente en la región siberiana. Los textos de estudio soviéticos dicen que la excusa japonesa para ocupar territorios de la URSS fue la necesidad de proteger la vida y la propiedad de nacionales japoneses que vivían en ese país, pero al mismo tiempo condenan el hecho y lo califican como difícil de olvidar y perdonar.

Al final de la segunda guerra mundial y pocas horas después que Hiroshima fuese arrasada con la primera bomba atómica norteamericana, la URSS rompe unilateralmente el Tratado de Neutralidad con Japón y en la ceremonia de rendición en la bahía de Tokyo llega un enviado soviético para marcar la presencia de Moscú en el bando vencedor. La declaración de guerra de la URSS a un Japón ya vencido militarmente tiene lugar precisamente cuando Tokyo trataba de obtener los buenos oficios de Moscú para negociar una paz honorable con los aliados. Las tropas soviéticas ocupan Sakhalin, se apoderan de las islas al norte del Japón (Etorofu, Kunashiri, Habomai y Shikotan) y toman Manchuria. En esta última, los

civiles japoneses son tratados brutalmente, al paso que 600 mil soldados japoneses son internados en campos de concentración en Siberia para trabajos forzados. Muy pocos de ellos retornarán a las islas y los japoneses recuerdan estos hechos con legítimo rencor, calificándolos como una baja y una traición.

Los años transcurridos desde la guerra no han logrado borrar la imagen negativa que el pueblo japonés tiene sobre la URSS. Muy por el contrario, la presencia militar soviética en los territorios insulares del norte y la política de armamentismo y agresividad seguida por Moscú han contribuido en buena manera a acentuar esa percepción de riesgo que los japoneses siempre han sentido respecto de la URSS.

Los acuerdos firmados por Tokyo con EE.UU. y China, así como las acciones de agresión soviética en Indochina, en Afganistán y en Polonia, han llevado las relaciones bilaterales con Japón a un grado de frialdad casi crónico. Por otra parte, la persistencia soviética en negarse a tratar con Tokyo la situación de las islas cautivas en el norte, ha postergado *sine die* la suscripción de un Tratado de Paz y Amistad que debió haber sido el paso siguiente a la firma de la Declaración Conjunta de 1956. Se da con ello la extraña paradoja de que ambos países, manteniendo relaciones diplomáticas y vínculos de distinto orden, técnicamente tendrían entre ellos vigente el estado de guerra existente al momento de la rendición japonesa al no haber nunca suscrito un acuerdo de paz.

En contraste con lo anterior, al menos aparente, los soviéticos oficialmente proclaman su simpatía por el pueblo japonés y dicen no tener problema alguno pendiente con Tokyo. Al no ser cierto lo segundo, es también difícil creer en lo primero.

El periodista japonés Toshio Sugita del importante diario Asahi realizó hace un tiempo un reportaje sobre la materia y, en una forma hasta cierto punto inocente y candorosa, dice haber encontrado en el pueblo soviético claros sentimientos pro-japoneses. Como ejemplo de lo que afirma, Sugita cita el libro *A Cherry Twig* en el que un ex corresponsal de Pravda en Tokyo —Vsevolod Ovchinnikov— describe la vida y cultura del Japón, habiendo vendido 500 mil ejemplares. Cita también el caso de una escuela primaria en Khabarovsk, donde le fue mostrada una colección de muñecas, fotografías y cartas recibidas de la escuela primaria japonesa de Hakusan en la prefectura de Niigata. La directora Galina Vasileva y las profesoras de la escuela le hicieron a Sugita una descripción de aspectos que encuentran positivos del Japón (orden, alto nivel tecnológico, ikebana, etc.) y también

mencionaron productos japoneses que admiraban especialmente (radios, impermeables y paraguas para señoras). Comenta haber visto diccionarios ruso-japoneses en librerías y cita su conversación con Sergei Goncharuk, experto en lenguas extranjeras, quien le dijo que el japonés es el idioma que más interesaba a los rusos después del inglés. Visitó el "Kenrokuken Club" de Irkutsk, donde encontró una especial atención a los estudios sobre Alemania Oriental, Mongolia y el Japón, destacando que en la sala japonesa incluso había elementos para jugar al baseball. Cita también el hecho de que en la parte oriental del parque Lenin en Tashkent hay un jardín japonés y un *torii* (puerta de templo japonés). Sugita también quedó muy impresionado por los programas extracurriculares que se ofrecen a los niños en la escuela primaria especial N° 20 de Moscú, entre los que se incluye el aprendizaje de japonés.

He procedido deliberadamente a citar todos los ejemplos que llevan a Sugita a concluir que en ese inmenso país de más de 22 millones 400 mil kilómetros cuadrados y de más de 260 millones de habitantes, existiría un marcado sentimiento pro Japón. En todo caso, no puedo evitar pensar que no debe ser muy fácil auscultar la opinión pública o medir sentimientos populares en un país como la URSS, especialmente si el interesado es un periodista extranjero que se informa a través de funcionarios.

Sugita también señala que fue incómodo para él comprobar cómo los sentimientos antisoviéticos en Japón conspiran contra una mejor relación bilateral. Cita el caso de un tour de 300 jóvenes soviéticos que fueron de su Siberia natal a conocer Japón y cuyo barco fue recibido hostilmente en cada puerto japonés en que recalaba, con gritos de *Ivan, Domoy* ("rusos, fuera"). También destaca Sugita la gran cantidad de novelas escritas en Japón que adoptan como escenario imaginario una invasión soviética a Hokkaido, calificando también como negativa esta situación. Ovchinnikov (autor de *A Cherry Twig* ya citado) le dijo a Sugita que todos los sentimientos antisoviéticos en Japón responden a una campaña organizada de la prensa japonesa, agregando "...la prensa soviética podría desarrollar una campaña antijaponesa en cualquier momento. No hemos querido hacerlo pues haría más difícil resolver los problemas entre la URSS y Japón y heriría la confianza recíproca. Espero que no llegue el día en que tengamos que hacerlo...". Estas expresiones de buena voluntad fueron hechas a Sugita en la oficina central de Pravda en Moscú y, al parecer, el periodista visitante no captó o no quiso ver la contradicción existente entre las palabras de Ovchinnikov y el tipo de lenguaje que constantemente están utilizando la Agencia Tass y

los periódicos Pravda e Izvestia para atacar la relación de EE.UU. con Japón así como la posición japonesa de apoyo a la causa del Mundo Libre.

Posiblemente (y esto no lo dice Sugita) otras demostraciones de "afecto" soviético lo sean las sociedades llamadas de "buena voluntad" que los rusos tienen en territorio japonés, especialmente en Hokkaido (*Japan Soviet Society, Japan Soviet Goodwill Society, Japan Soviet Exchange Society, Japan Overseas Cultural Society, etc.*) las que según tenemos entendido preocupan bastante a los servicios de inteligencia japonesa.

Otra expresión de "buena voluntad" podría ser posiblemente encontrada en la reciente entrevista del Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Tokyo, Shigeo Nagano, con el Ministro de Comercio de la URSS, Patolichev, en que el dirigente soviético dijo a su interlocutor que Japón debería andarse con cuidado ya que en caso de conflicto el archipiélago japonés sería hundido en 20 minutos.

En otra oportunidad, en el curso de una charla en el Club de Corresponsales Extranjeros en Tokyo, el ex Embajador Dimitri Poliansky dijo que su mamá le había pedido como regalo de cumpleaños dos cosas: la primera, que cada día se esforzara por ser un buen ciudadano de la Unión Soviética; y la segunda, que hiciera todo lo posible por elevar al máximo el nivel de las relaciones de la URSS con el Japón. La explosión de risa de los asistentes consagró lo anterior como el chiste del año, aunque a juzgar por la cara de desconcierto del Embajador soviético y especialmente de su intérprete, anduvo quedando la impresión de que había hablado en serio.

Pensamos que la realidad de la relación bilateral de Tokyo con Moscú, pese a las buenas perspectivas de complementación que existen en el campo económico-comercial, está enmarcada en un contexto bastante frío y negativo. Creemos que esta situación no va a variar sustancialmente mientras Moscú no cambie su actitud y se allane a conversar con Tokyo el problema de las islas del norte. Hasta ahora no lo ha hecho y tampoco da indicios de que vaya a variar su posición en el futuro. Si a lo anterior se une todo el cuadro de creciente fortalecimiento militar soviético en el perímetro de seguridad Asia-Pacífico, que constituye el entorno natural del Japón, no tenemos que ser demasiado profundos en nuestro análisis para concluir que las relaciones futuras de Tokyo con Moscú van a distar mucho de ser las mejores y que en el Japón continuará acentuándose esa tradición de percibir el peligro que viene desde la URSS.

LA DIPLOMACIA DE LAS ARMAS

Por espacio de más de 30 años, el mundo ha vivido consciente del poderío militar de EE.UU. y de la URSS, ello en términos hasta cierto punto compartidos de inquietud y de tranquilidad relativa. Inquietud lógica por los enormes recursos que se destinan al rubro armamentos, especialmente nucleares, y una tranquilidad relativa en el sentido de que el mundo también ha vivido bajo la impresión de que en la medida que el poderío de ambas superpotencias sea semejante ninguna de las dos se arriesgará a dar un paso imprudente que pueda eventualmente llevarnos a una contienda.

En todo caso, pareciera que en estos últimos años el equilibrio precario entre la inquietud y esa relativa tranquilidad a que me refería, se habría estado perdiendo en la misma medida en que diversas informaciones de expertos y analistas indican que la URSS ha alcanzado una estatura militar incluso superior a la norteamericana, amenazando con terminar definitivamente con el período de "pax americana" que ha dado al mundo una tranquilidad global a partir de la segunda guerra mundial.

Fred Charles Ikle (Director del U.S. Arms Control and Disarmament y consultor de la Agencia de Asuntos de Seguridad Nacional norteamericana) nos dice que en la relación de poder EE.UU.-URSS ha habido tres fases distintas. La primera, la sitúa entre 1945 y 1951 y dice textualmente:

"...los americanos eran sustancialmente más débiles que los rusos en términos de fuerzas terrestres a causa del acelerado desarme unilateral llevado a cabo por el Gobierno Americano después de la segunda guerra y también por sus bajísimos presupuestos militares. La verdad es que durante los primeros años de su monopolio nuclear, EE.UU. tenía poquísimas armas nucleares. A pesar del vasto potencial industrial americano que no fue dañado en absoluto durante la guerra, las fuerzas terrestres americanas eran tan débiles que casi fracasan en evitar la conquista de Corea del Sur en 1950..."

La segunda fase, Ikle la ubica entre el comienzo del ataque norcoreano y mediados de la década de los años '60:

"...en la segunda fase, la posición relativa americana mejoró. De la noche a la mañana se triplicó el presupuesto para la defensa y los EE.UU. se lanzaron en un programa masivo de fortalecimiento militar, aprovechando sus ventajas tecnológicas, especialmente en el campo

de la aviación y del armamento nuclear. Mientras los soviéticos continuaban manteniendo fuerzas militares terrestres mucho mayores, el gran desarrollo del poder aéreo y naval de EE.UU. lo capacitaba para proyectar su poderío militar virtualmente a cualquier punto del globo terráqueo...”.

Sobre la tercera fase, Ikle nos dice:

“...se inicia en la medida en que el conflicto de Vietnam se va convirtiendo en un desgaste económico y moral para EE.UU. Los presupuestos del Gobierno Americano para las fuerzas estratégicas se rebajaron año tras año así como también los presupuestos para el Ejército y la Armada, con la única excepción del esfuerzo requerido para la guerra en Indochina. Esta declinación parece haberse detenido algo en los últimos años, pero, aún así, el presupuesto para defensa del Gobierno Americano es hoy inferior al de 1961, en monedas comparables. En cambio, la URSS ha ido incrementando los recursos destinados a sus FF.AA. en un 5 por ciento anual, de modo de duplicar en los últimos 15 años sus gastos militares...”.

Según Ikle, esta tercera fase se desarrolla con una clara ventaja para la URSS y si los EE.UU. no son ya inferiores a aquélla militarmente hablando, pronto deberían serlo. Siguiendo la línea de inquietudes expuestas por Ikle, en que va analizando no sólo el mayor gasto soviético en defensa en forma cuantitativa, sino también el mejor enfoque del mismo en cuanto a asignación de recursos (compara por ejemplo el alto porcentaje que en las FF.AA. americanas se destina a sueldos y beneficios, así como el mayor porcentaje que en las fuerzas soviéticas se destina a equipos, investigación y desarrollo de actividades afines con la industria bélica), llega a formularse la siguiente pregunta:

“¿...cuáles son las verdaderas intenciones detrás de este ambicioso programa militar soviético...? “¿...explotarán nuevamente los soviéticos la sombra de su superioridad militar y proyectarán ahora su sombra mucho más lejos, considerando su capacidad de extender su poder militar en forma global en otras partes del mundo...?”

Estas interrogantes se las planteaba Ikle en el mes de diciembre de 1978. La respuesta más elocuente a sus inquietudes la recibiría Ikle justo

un año más tarde al invadir las tropas soviéticas Afganistán, colocando a la URSS prácticamente a las puertas del petróleo del Medio Oriente.

La situación afgana es interesante. Se sabe de arduas discusiones habidas en la URSS antes de dar ese paso y del muy difícil consenso alcanzado en torno a hacerlo. Los analistas japoneses estimaron que la URSS percibía estar proyectando una imagen debilitada y era por lo tanto necesario hacer algo que proyectara hacia el exterior (y también hacia el propio plano interno soviético) claras señales de que su condición de superpotencia se mantenía intacta y más poderosa que nunca. Sabe Moscú que con este paso va a tener que enfrentar una fuerte crítica internacional, sabe que va a enardecer peligrosamente a las naciones islámicas en su contra, sabe que va a atacar a uno de los países más pobres y desvalidos del No Alineamiento y, además, está consciente de que en esta aventura no podrá usar peones extranjeros y tendrá que actuar con sus propios recursos. Es así como, por primera vez desde la segunda guerra mundial, tropas soviéticas deben luchar contra la guerrilla afgana y una cantidad no despreciable de soldados han muerto en los tres años y fracción que está tomando al poderoso Ejército Rojo "pacificar" Afganistán. Sin embargo, la respuesta del Mundo Libre frente a la agresión soviética es pobre y desarticulada. Se orienta a boicotear los Juegos Olímpicos de Moscú (lo que se consigue en poca medida) y a diversas sanciones de orden económico que el tiempo irá rápidamente diluyendo en sustancia. El Comunicado Final de la última Cumbre No Alineada en Nueva Delhi, que en cerca de 20 ocasiones menciona a los EE.UU. como el principal responsable de las tensiones que existen en el mundo, no es capaz de mencionar por su nombre a la superpotencia agresora de Afganistán. Algunas voces aisladas intentan llamar la atención hacia el riesgo que esta pasividad del No Alineamiento frente a la URSS puede acarrear a futuro. La delegación de Singapur distribuyó un documento en que se señala que Cuba quiere llevar al Movimiento al campo de influencia soviético (lo que había sido intentado ya sin éxito por los cubanos en la anterior Cumbre de La Habana). La respuesta cubana, también por escrito, dijo en su parte medular:

"...no se ven razones para aplicar a otros la realidad política de Singapur, que es autodegradante, hundida en el pantano del imperialismo y prostituida en el burdel de las transnacionales..."

Como podemos apreciar, los cubanos usan un elevado lenguaje para referirse a un colega No Alineado que piensa distinto de La Habana. En

todo caso, la URSS emerge libre de polvo y paja de la Conferencia, lo que es sin duda un éxito diplomático de sus peones dentro del Movimiento. Según un informe especial sobre la reunión, preparado por la revista ASIaweek (número de fecha 25 de marzo de 1983):

“...los fuegos artificiales que se esperaban en relación con la presencia soviética en Afganistán no se produjeron. Diversos delegados atribuyeron lo anterior a los esfuerzos diplomáticos desplegados por el Secretario General de Naciones Unidas Javier Pérez de Cuéllar y su representante especial Diego Cordovez, que, al final de una reunión con los jefes de las delegaciones irania, pakistana y afgana, informaron de progresos en torno a un arreglo negociado en el conflicto...”.

Refiriéndose al caso afgano, el Comunicado Final No Alineado llama a:

“...un acuerdo político sobre la base del retiro de tropas extranjeras...”.

Ciertamente un lenguaje mucho más suave que el empleado por la Asamblea General de la O.N.U. en su oportunidad. Así tenemos que, transcurridos más de tres años desde la agresión soviética a un país No Alineado, otras cien naciones No Alineadas no se atrevieron a llamar al agresor por su nombre y prefirieron mirar hacia otro lado. Con ello, el proceso de mongolización de Afganistán estaría prácticamente en vías de consolidación.

Sin duda la URSS es un país políticamente poderoso y pese a tantos años de privaciones de su pueblo, el duro precio pagado por éste para financiar una sostenida y costosísima política de armamentismo se justificaría a los ojos de la jerarquía del Kremlin, ya que la fuerza en lo militar es el principal sostén de la fuerza política del país.

Se sostiene a veces que la URSS se encuentra al borde de la bancarrota por su obsesión de tratar de ser el país militarmente más poderoso del mundo. La presencia de caras nuevas en Moscú luego de la muerte de Brezhnev hizo que Occidente abrigara esperanzas de un cambio con respecto a la rigidez de la anterior administración. Transcurrido un cierto tiempo, pareciera que habrá más continuidad que cambio. En todo caso, en esta materia los japoneses son bastante cautos y piensan que Andropov aún no lleva demasiado tiempo en el poder y tampoco está totalmente clarificada la sucesión del poder dentro de la URSS, por lo que Andropov aún

tendría que hacer muchas concesiones a otros sectores, incluso aquellos que eran muy cercanos a Brezhnev.

También es interesante destacar que, si bien es cierto la política armamentista tan enfatizada durante los años de Brezhnev ha significado privaciones de todo tipo para el pueblo soviético, es exagerado concluir que la URSS por esa razón se encontraría al borde de la quiebra económica. Y es precisamente ésta la conclusión a que llega un informe de la CIA de fecha 1º de diciembre de 1982. El informe, titulado *Will Soviet Economy Collapse?*, señala que el continuo decaimiento demostrado por la economía soviética en los últimos años presenta disyuntivas y alternativas difíciles para la actual jerarquía de Moscú en cuanto a asignación de recursos, consumo, inversiones y defensa. La debilitación económica hace que cada vez sea más difícil para Moscú presentar su sistema económico como una alternativa viable y atractiva para el Tercer Mundo. Pero, señala la CIA, con todo lo negativo de este cuadro, es aventurado e inexacto afirmar que la economía soviética se encuentra al borde del colapso y que, por el contrario, hay indicaciones de que el PNB soviético continuará creciendo, aunque lentamente, ello además dentro del mismo esquema de crecimiento de los gastos militares. En parte del análisis de la CIA, que calcula el crecimiento del PNB soviético entre un 1 y un 2 por ciento, se agrega que el mismo podría ser considerablemente mayor si las condiciones climáticas permiten mejores cosechas; si Moscú desvía al desarrollo algunos recursos de defensa; si se mejora el aspecto transportes o si, por ejemplo, se flexibiliza el rígido sistema centralizado de la economía y en alguna medida se permite el juego de las fuerzas del mercado. El informe señala que lógicamente lo anterior se podría hacer sólo si Andropov asegura su esquema de poder político y existan mecanismos de control que impidan que el proceso de flexibilización trascienda a un ámbito distinto del estrictamente económico. A contrario sensu, también el Informe dice que la situación económica podría empeorar considerablemente si las condiciones anteriores no se dan y, en cambio, las malas cosechas y la acentuación de los problemas propios de la economía se ven además agudizados por un mayor énfasis en el gasto militar.

El aspecto estrictamente militar de la URSS es objeto de un constante análisis en el Japón, país que a un tiempo es aliado de EE.UU. y vecino del principal adversario de aquél. Aparte de la data propia con que cuentan los japoneses, para medir el potencial militar soviético se barajan cifras y antecedentes de diversas fuentes (Informe Collins, JANE'S, Informe Hart,

Informe Blechman, Informe Glenn, etc.). Las cifras y números no siempre coinciden y ello acarrea toda suerte de interpretaciones y especulaciones.

No es nada fácil conocer con exactitud el grado de desarrollo de la capacidad militar soviética y, en especial, la parte de la misma que se encuentra asignada al perímetro Asia-Pacífico. Los soviéticos no se caracterizan por dar a conocer detalles sobre aspectos militares. Incluso se ha dado el caso de que en las negociaciones S.A.L.T. durante una larga etapa los soviéticos regateaban no sobre la base de sus propias cifras sino respecto de estimaciones occidentales sobre su propio poder militar, no dando a conocer sus propias cifras sino que al final de S.A.L.T. II. En general se estima que la información sobre la realidad militar soviética que circula en las naciones del Mundo Libre tiene una buena base pero al mismo tiempo va acompañada de conjeturas y estimaciones difíciles de precisar científicamente. Ese mismo factor hace que a veces se tienda a sobreestimar la capacidad del adversario (un ejemplo muy claro de ello lo tuvimos con el avión MIG 25 que aterrizó en Hakodate en 1976. Desmenuzado el aparato por expertos japoneses y norteamericanos, se le comprobó una capacidad operacional bastante inferior a la que se temía realmente tuviera).

Otro aspecto que hace difícil el análisis, aun en el caso de contar con una información cuantitativa exacta sobre material y personal, es el relativo a aspectos cualitativos no siempre fáciles de medir. Por ejemplo, el grado de calificación y entrenamiento del combatiente; la capacidad práctica y la dimensión de confiabilidad de los sistemas de fuego; los aspectos logísticos y de apoyo; escenarios diversos en los que el rendimiento de hombres y máquinas variaría (recordemos las fallas técnicas registradas en helicópteros norteamericanos en la fallida misión de rescate de rehenes en Irán, afectados por humedad, polvo, etc.), y otros.

Otro aspecto generalmente nebuloso, por más que se le procure identificar con nitidez, es el relacionado con armas nucleares no convencionales. Cuando el Ministro de Comercio de la URSS Patolichev le dice a Nagano, Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Tokyo, que el Japón debe andarse con cuidado ya que en caso de conflicto el archipiélago japonés sería arrasado en 20 minutos, no sólo debemos entender que el dirigente soviético está hablando en serio (como broma sería de pésimo gusto) sino que además se está refiriendo veladamente al empleo masivo de armas nucleares.

No creemos que Patolichev exagere en su apreciación sobre el grado de destrucción que sufriría Japón en un eventual enfrentamiento de la

URSS con Occidente. Todos los días podemos leer en la prensa sobre el difícil tema de la limitación de armas nucleares y su creciente emplazamiento en distintas partes del mundo. Un informe de las Naciones Unidas de 1980 calculaba en 40 mil el número de cabezas nucleares listas para ser disparadas en uno u otro sentido. Se afirma que un submarino nuclear solo, tiene munición atómica con un poder explosivo más grande que todos los proyectiles juntos que se dispararon en la segunda guerra mundial. Las cifras superan nuestra capacidad de comprensión. 50 millones de personas trabajan en la industria bélica mundial y el 20 por ciento de ellos son ingenieros y científicos. En la misma se gasta un millón de dólares por cada minuto de producción.

En una charla en la Reunión de Desarme en Tokyo (25 de octubre de 1982) el Subsecretario General para Desarme de la O.N.U., Jan Martenson, invitó a leer el N° 2-3 de 1982 de *Ambio*, publicación bimensual de la Real Academia de Ciencias de Suecia, que viene enteramente dedicado a analizar los efectos de un enfrentamiento nuclear entre las dos superpotencias.

Este informe, titulado *Nuclear War: The Aftermath*, es sencillamente escalofriante. Un grupo selecto de especialistas desarrollan un escenario imaginario en el mes de junio de 1985 en que las dos superpotencias se disparan *menos de la mitad* de sus proyectiles nucleares en un tipo de enfrentamiento rápido y hasta cierto punto limitado, si es que puede aceptarse la idea de limitación en un conflicto nuclear.

Las conclusiones a que llega el estudio son más que elocuentes. 750 millones de personas mueren instantáneamente. De los sobrevivientes heridos o quemados, aproximadamente otros 350 millones morirían en pocos días por falta de atención médica adecuada. Presencia muy rápida de cólera, disentería y otras epidemias derivadas de la impureza de las aguas y alimentos así como de las precarias condiciones sanitarias. Millones de sobrevivientes incapacitados, muchos por causas psicológicas, prácticamente al extremo de no poder cuidarse por sí mismos. Consecuencias a mediano y largo plazo tan terribles que realmente hacen pensar que los muertos en los primeros impactos son casi privilegiados. Grandes masas humanas en demanda de refugio, alimentos y agua. Alteraciones climatológicas en que por ejemplo la lluvia adquirirá caracteres letales, contaminando sembradíos, ríos y lagos. La imposibilidad de poder evitar comer o beber elementos contaminados será causa más adelante de una fuerte incidencia de esterilidad, cáncer, daños genéticos y defectos en recién nacidos por varias generaciones, etc. Inmensas áreas del Hemisferio norte serán presa

de incendios; habrá alteraciones importantes en la proporción de ozono en la estratosfera con un aumento lógico de las radiaciones solares y sus consiguientes efectos en la vida humana, animal y vegetal del planeta.

Los efectos económicos, sociales y culturales serán difíciles de medir. Las economías del Hemisferio norte se desintegrarán y se volverá a tiempos primitivos casi de trueque. La destrucción del comercio internacional afectará considerablemente al mundo, especialmente a las naciones en desarrollo que necesitan comida, combustibles, fertilizantes, maquinaria y tecnología. En esas zonas, aparte del hambre y las enfermedades, las peores plagas serán la violencia social y política. Las consecuencias a mediano y largo plazo para los sobrevivientes de este holocausto nuclear serán posiblemente muy severas y las condiciones de vida del futuro serán en todo caso absolutamente distintas de las que hoy conocemos.

El estudio de la Academia sueca se divide en varias partes (arsenales nucleares, los efectos directos de las armas nucleares, epidemiología, radiación, atmósfera, efectos en agua y alimentos, efectos en ecosistema oceánico, agricultura, efectos en el comportamiento humano, etc.) y si bien podría objetársele el que se base principalmente sobre elementos hipotéticos y especulativos, se encuentra también acompañado de una convincente lógica y de una aplastante data científica.

A más de alguno podrá lo anterior sonar a truculencia y la posibilidad de un conflicto —más aún si es nuclear— a muchos podrá parecer remota. En todo caso, pensamos que no hay más que leer la prensa diaria para comprobar cuan precaria es la paz en que vive el mundo.

Ochenta millones de japoneses firmaron hace poco un manifiesto de paz. Japón *sabe* y conoce en carne propia lo que es recibir el impacto de un arma nuclear y las ciudades de Hiroshima y Nagasaki año tras año recuerdan el horror de la bomba. Hay que pensar que hoy en día una sola de las más poderosas cabezas nucleares equivale a 4 mil veces el poder destructivo de la explosión de Hiroshima. Albert Einstein decía en 1955 que la aparición del poder del átomo en la industria bélica "...ha cambiado todo menos nuestra manera de pensar...", y prevenía sobre la urgencia de terminar de inmediato con la carrera armamentista nuclear, habiendo quedado su voz y la de tantos otros simplemente ahogada en los intereses de la industria bélica y de la lucha por la supremacía mundial.

Son muchas las voces que en Japón llaman a no exagerar las condiciones actuales de peligrosidad en que vivimos, pero son también cada vez más numerosos los japoneses que comprenden que la paz es un elemento muy

precario. Estas islas, que carecen de todo recurso natural y sólo cuentan con la inteligencia de su gente, han llegado a convertirse en la segunda potencia económica mundial en un esquema de disciplina, de trabajo y de entrega total al interés nacional. Para llegar a esta situación y para seguir creciendo, Japón necesita desesperadamente que exista paz. Una paz que permita seguridad en las comunicaciones y en el flujo de los productos básicos esenciales que su pueblo y su estructura industrial requieren para sobrevivir.

La política agresiva del social imperialismo soviético mantiene vivos los elementos de tensión del área y Japón siente que hay peligro. El tema de la defensa es hoy uno de los más controvertidos en Japón, país que por espacio de 4 décadas ha vivido en una concepción de total entrega a la paz. Los soviéticos viven pregonando que en Japón hay elementos radicales y halcones belicistas. Lo dicen así, con todo cinismo, al tiempo que ocupan territorios japoneses y acumulan un verdadero arsenal de armas para amenazar la seguridad asiática. Es tan evidente el riesgo que la sociedad japonesa, cuyo esfuerzo debería permitirle recibir en buena posición social y económica el siglo XXI, no puede seguir ignorando los síntomas de peligro que amenazan su entorno natural y cuyo origen puede claramente identificarse con los designios políticos de la URSS.

PRESENCIA MILITAR SOVIÉTICA EN ASIA Y EN EL PACÍFICO

Decíamos anteriormente que no es fácil medir con exactitud el poderío militar soviético en el perímetro de seguridad Asia-Pacífico. Existen estudios al respecto desarrollados por el *Jane's Yearbook* británico, el Informe *Collins* (del analista en Defensa del mismo nombre que trabaja en la Biblioteca del Congreso de EE.UU.), el Informe *Hart* (del senador Gary Hart y un panel de especialistas del Senado americano), el Informe *Glenn* (preparado por el U.S. Arms Control and Disarmament para un panel de especialistas presidido por el senador John Glenn en el Comité de Relaciones Exteriores en el Senado americano), el informe *Blechman*, informes de la CIA y el Pentágono, informes de servicios de inteligencia japoneses y de países de la OTAN, etc.

Las cifras varían considerablemente de un informe a otro. Así por ejemplo, en 1980 el Informe *Collins* hablaba de 370 bombarderos soviéticos estacionados en Asia, al paso que el *Libro Blanco de Defensa* japonés hablaba de 450 aparatos. En cuanto a submarinos, en 1980 el *Jane's* mencionaba

107 (con 54 nucleares), el *Collins* decía 110 y el *Libro Blanco* japonés 130 (60 nucleares). En fuerzas terrestres, el *Collins* coincide con los japoneses en estimar 34 divisiones estacionadas en Asia, aun cuando el *Collins* entrega apreciaciones adicionales, por ejemplo que pocas de esas divisiones tienen un buen nivel de preparación, según standards norteamericanos. Cifras dadas a la publicidad en 1978 también mostraban disparidades notorias (Hart habla de 415 bombarderos y los japoneses de 500; en submarinos, Blechman habla de 105, Glenn de 113 y los japoneses de 125).

En todo caso, sobre la base de las cifras que nos proporciona la publicación *Asian Security* 1982 (informe anual del *Research Institute for Peace and Security* del Japón) y la publicación del Departamento de Defensa norteamericano *Soviet Military Power* (con solamente dos informes, el primero en 1981 y ahora en marzo de 1983), podemos en forma bastante aproximada concluir que en general el poderío militar soviético en Asia sería el siguiente:

Fuerzas Terrestres

El número total de las fuerzas de tierra de la URSS alcanza a 1 millón 850 mil hombres, asignadas a 184 divisiones. De éstas, 51 se encuentran en la frontera con China y 39 de las mismas (con un total de 360 mil hombres) se encuentran al oriente del distrito militar del Transbaykal. Desde 1967, más de 30 divisiones han pasado a reforzar el poder terrestre soviético, yendo la mayoría de estas divisiones nuevas a la frontera con China, ello especialmente luego de los incidentes armados con los chinos en 1969. Existen 15 divisiones en la zona de Vladivostok, dos en Sakhalin, una en la península de Kamchatka y poco menos de una en las islas del norte que Japón reclama como suyas (en febrero de 1981, el Teniente General Mihail Kiriyán, Subdirector del Instituto de Investigaciones Históricas de Moscú, dijo que "varios batallones" estaban estacionados en las islas del norte, siendo ésta la primera oportunidad en que un oficial soviético de alta graduación admitía públicamente tal circunstancia). Se agrega que en 1979, la URSS estableció su Estado Mayor Conjunto en Chita (ubicada muy cerca de la frontera con China y Mongolia) para controlar y coordinar los distritos militares del Transbaykal, de Siberia y del Lejano Oriente, así como también las fuerzas soviéticas estacionadas en Mongolia. Este mando conjunto tiene también control operacional sobre las fuerzas navales y aéreas asignadas al Extremo Oriente.

Fuerzas Navales

El control central de las flotas soviéticas del Norte, Báltico, Mar Negro, del Pacífico y la flotilla del Caspio, se encuentra radicado en Moscú. El poder naval total de la URSS consiste en 2.461 buques, de los cuales 765 se encuentran comisionados en la Flota del Pacífico, por ende la más fuerte de todas. El total de la aviación naval soviética alcanza a 1.555 aparatos, de los cuales 445 están también en la Flota del Pacífico. Las cifras en 1981 para esta Flota eran de 720 buques y 420 aviones, lo que indica que en sólo dos años su poderío ha aumentado cuantitativamente en 45 buques y 25 aviones. Es preciso también señalar que las fuerzas navales totales comprenden 1.324 buques de combate de superficie, 367 submarinos y 770 buques auxiliares. Entre los buques de combate de superficie es importante mencionar al "Minsk", portaaviones clase Kiev equipado con armamento muy moderno, con aviones de despegue vertical *Forger Vtol* y con helicópteros A.S.W. *Hormone* (se espera la incorporación a la Flota de un buque gemelo al "Minsk" dentro de esta década). Hay cruceros misileros (desde 1978 se han sumado a la Flota tres cruceros misileros clase Kara); cruceros ligeros; destructores misileros clase Krivak II; buques clase Kirov; rompehielos clase Moscow; buques de apoyo clase Manych; submarinos de ataque clase Kilo, diesel/convencionales; submarinos de ataque clase Víctor III y Charlie I, nucleares. A lo anterior hay que agregar la presencia en Vladivostok de una fuerza de infantería de marina de 8.000 hombres. La aviación naval, aparte de los aparatos mencionados al señalar el equipamiento del "Minsk", cuenta con bombarderos Backfire, helicópteros de varios tipos, aviones TU-16 Badger, TU-95D Bear, aviones de reconocimiento IL-38 May y otros.

Fuerzas Aéreas

El material destacado en el Extremo Oriente en materia aérea (sin contar aviación naval) alcanza a 1.700 aviones, de los cuales 1.200 son de carácter táctico y 500 son interceptores. Contrariamente a lo sucedido con las fuerzas terrestre y naval, no se ha registrado un importante crecimiento cuantitativo en los últimos años, pero sí se anotan importantes avances en la calidad del material que prácticamente en un 90 por ciento es de tercera generación. La fuerza operacional de bombarderos se ha visto incrementada espectacularmente con la incorporación de aproximadamente 40 Backfires, que combinados con los Badger constituyen un peligro muy serio en

la zona. A los dos tipos anteriores, hay que sumar la presencia de SU-17, Mig-25 Foxbat, Mig-21 Fishbed, SU-25 Frogfoot, SU-24 Fencer, Mig-23 Flogger y el Mig-27 Flogger. Se tiene además información de que continuamente se están recibiendo nuevos aparatos de los tipos Fencer y Flogger. Hay asimismo indicaciones de que la Fuerza Aérea soviética ha experimentado progresos en cuanto a entrenamiento y técnicas de combate, con máximo énfasis en la mayor autonomía e iniciativa de los pilotos. También se cuenta con información de que se ha producido una reestructuración en el mando aéreo operacional y que el antiguo sistema de control ejercido centralmente por la *Pvostrany* (comando aéreo nacional) habría sido descentralizado hacia los distritos militares, lo que se traduciría en una mejor coordinación y rapidez operacional.

Fuerzas Estratégicas Nucleares

El total de estas fuerzas, en lo que a aviación se refiere, cuenta con aproximadamente 900 aparatos (alrededor de 100 Backfire, 45 Bison, 100 Bear, 455 Badger/Blinder y otros 200 aparatos asignados a la aviación naval). En materia balística, se señala que cuenta con cerca de 1.400 ICBM (550 SS-11, 60 SS-13, 150 SS-17, 308 SS-18 y 330 SS-19); 581 LRINF (232 SS-4, 16 SS-5, 333 SS-20) y con alrededor de 950 SLBM (considerando tipos SS-N-6, SS-N-8, SS-N-17, SS-N-18 y SS-NX-20). A lo anterior hay que agregar 32 emplazamientos de ABM y 9.600 emplazamientos de cohetes SAM, todo ello para la defensa antiaérea. De todo este potencial descrito, con variaciones dentro de cada tipo; se estima que en general *un tercio* del mismo se encuentra asignado y en condiciones de operar en el Lejano Oriente, hacia objetivos eventuales como China, Corea del Sur, Sudeste Asiático o Japón.

Viendo todas las cifras precedentes, puede bien concluirse el grado de importancia que la URSS asigna al teatro de operaciones del Lejano Oriente, en comparación con el teatro occidental y el teatro sur. El teatro occidental comprende Europa completa (admitiendo una subdivisión de continental, intercontinental y oceánico) y el teatro operacional del Sur comprende el Medio Oriente, la zona del petróleo y el Subcontinente o Asia del Sur.

PERSPECTIVAS EN ASIA. SITUACIÓN DEL JAPÓN

La reciente publicación del Departamento de Defensa norteamericano *Soviet Military Power '83*, señala que los objetivos de la URSS en el Lejano Oriente son los siguientes:

- mejoramiento de sus relaciones con la República Popular China a costa de un deterioro de las relaciones bilaterales Pekín-Washington.
- unificación de las dos Coreas bajo un sistema comunista.
- expansión de influencia soviética en el Sudeste de Asia.
- impedir que Japón continúe aumentando su contribución defensiva al esquema de Occidente.

Agregan los norteamericanos que, en caso de guerra, la acción soviética se orientaría a lo siguiente:

- procurar el control de los sectores occidentales y norte-oriental de China.
- imposibilitar la participación japonesa en la guerra (se supone que por la vía de atacarlo y neutralizarlo rápidamente).
- derrotar a las fuerzas combinadas surcoreanas y norteamericanas en Corea.

A lo anterior, consideramos necesario agregar la acción en el Pacífico. El Almirante Sergei Gorshkov ha logrado convencer al Kremlin de que un fuerte poderío naval soviético en el Pacífico está destinado a entregar dividendos importantes para la URSS en materia de influencia política en la región (la ya conocida teoría del *gun-boat diplomacy*). Ahora bien, en caso de conflicto, se estima que la estrategia naval soviética se orientaría hacia dos objetivos primordiales:

- en primer lugar, procurar la neutralización de la fuerza aeronaval americana, tomando como objetivos básicos los portaaviones estadounidenses. EE.UU. tiene 6 portaaviones en el Pacífico. Dos patrullan constantemente el perímetro asiático (normalmente son el "Midway" y el "Enterprise", el primero de ellos basado permanentemente en Yokosuka, Japón). Otros dos se encuentran asignados a la costa oeste norteamericana y eventualmente se acercan al perímetro de Hawaii. Los dos restantes están en reparaciones y faenas de mantenimiento (cabe hacer presente que los portaaviones americanos no son nuevos y

- llevan ya varias décadas de servicio, como es el caso del "Midway", comisionado al final de la segunda guerra mundial).
- en segundo lugar, alcanzar un grado de control real sobre las rutas marítimas del Pacífico y eventualmente poder bloquear e interrumpir el suministro del petróleo que viene del Medio Oriente.

Para el Japón, país unido a EE.UU. por un Acuerdo de Seguridad, las perspectivas son bastante inquietantes y sus posibilidades de poder mantenerse al margen de un eventual conflicto son bastante remotas. La situación general de tensión del área asiática no puede ser indiferente para los japoneses y es así como en los últimos años los habitantes de estas islas han ido adquiriendo cada vez en mayor medida una conciencia sobre el problema. Siendo el tema de la Defensa una materia muy conflictiva en política interna de este país, los Gobiernos del Japón han sido muy cautelosos en este campo. La Constitución del Japón no sólo consagra la renuncia a la guerra sino que además limita el monto de los recursos que pueden asignarse a las instituciones de autodefensa del país. Al mismo tiempo, el aumento de la tensión en Asia luego de terminada la guerra de Vietnam, que entre otras cosas significara la peligrosa consolidación comunista en Indochina, ha obligado a EE.UU. a presionar paulatinamente a los japoneses para que contribuyan en una forma más decidida a la defensa de la zona y así permitan a los norteamericanos poder distraer algunos recursos hacia el frente coreano y hacia el Sudeste de Asia.

Pese a la extrema sensibilidad que existe en el Japón para tratar esta materia, ha habido en los últimos años un importante cambio de actitud mental frente al problema. Así por ejemplo, hoy se habla en forma bastante abierta de aspectos que hace algún tiempo nadie habría osado mencionar, como es el caso de que Japón podría asumir la responsabilidad de dar protección a mil millas marinas de comunicaciones y, más recientemente, a la posibilidad eventual de que sean las fuerzas navales japonesas de autodefensa las que en caso de conflicto procedan a bloquear los estrechos de Tsushima, Soya y Tsugaru. Este último aspecto reviste mucha importancia para la seguridad operacional de la Flota norteamericana en el Pacífico, ya que el minar tales pasos naturales impediría el acceso rápido de la Flota Soviética basada en Vladivostok hacia las aguas abiertas del Pacífico, lo que en la dinámica inicial de las operaciones bélicas podría tener una importancia gravitante.

Lo anterior, por supuesto, supone riesgos muy grandes para el Japón, que es actualmente un objetivo fácilmente alcanzable aun para la capacidad militar convencional soviética.

En todo caso y sin ánimo de seguir extendiéndonos en consideraciones sobre un escenario bélico eventual, es interesante ver cuál es la actitud actual de la URSS respecto del Japón. Para ello, creemos que es conveniente separar dos aspectos: el político-militar, por llamarlo así, y el económico.

Una de las características que siempre se encuentra en la política internacional soviética es su constante uso de métodos de desinformación aplicados a territorios del Mundo Libre. En esa tarea se gastan enormes recursos y en general se puede concluir que el gasto se ha justificado. Los soviéticos se aplican concienzudamente a la tarea de influir en la opinión pública de un determinado país de manera de procurar llevarla a una determinada toma de conciencia que sea más favorable para los objetivos que allí se ha fijado la estrategia de la URSS. En esta tarea los soviéticos son reconocidamente competentes y la KGB cuenta con una experiencia ya muy antigua. Y hay que tomar en cuenta que en estos momentos hay en la URSS elementos nuevos muy importantes, siendo el principal de ellos nada menos que la presencia de la propia KGB en una posición de poder mucho mayor que en el pasado.

Andropov es la KGB. La KGB es Andropov. Da igual cómo se mire, pero no cabe duda que el principal mecanismo soviético de represión e información es en su concepción actual lo que Andropov ha querido que sea. El soviólogo japonés Hayao Shimizu, del Instituto de Lenguas Extranjeras de Tokyo, dice que el actual esquema de poder soviético (en que dice que la KGB tiene la capacidad incluso para suprimir otras fuerzas tradicionales dentro del Partido) va a utilizar más que nunca los métodos de desinformación y de manipulación de opinión pública o de sectores determinados. Según Shimizu, fueron precisamente esos métodos los que permitieron a Andropov alcanzar el poder dentro de la jerarquía soviética.

Aplicado al caso del Japón, el método de desinformación y manipulación de sectores de opinión iría apuntado a un objetivo bien preciso, que es la *desacreditación y posterior desmantelamiento del vínculo político-militar-económico que constituye la base de la alianza de Japón con EE.UU.*

Quienes se han preocupado de estudiar esta situación (el profesor Shimizu, entre otros) sostienen que en el caso de Japón la Unión Soviética no utiliza las formas clásicas de vender la fórmula del antiimperialismo norteamericano (que le ha dado buen resultado en muchas naciones del

Tercer Mundo e incluso de Europa) sino que habría toda una estrategia destinada a crear conciencia en los japoneses de que EE.UU., como aliado, *no es muy confiable*. Lo anterior iría acompañado de una cierta dosis de estímulos al sentido nacionalista local en cuanto a que, atendida la alta capacidad tecnológica del país, Japón por sí solo podría perfectamente preocuparse de buscar una total autonomía en materia defensiva, sin tener que depender de pactos con ningún tercer país. A su vez, la política anterior va acompañada de mecanismos muy rápidos que, en cuanto algún dirigente japonés toca el tema defensa en forma positiva, se movilizan de inmediato y crean en sectores parlamentarios, sindicales, universitarios y de prensa toda una reacción de crítica y ataque. Todo encuentro japonés-norteamericano en materia defensiva o de seguridad, toda declaración con alguna alusión al tema defensivo o al riesgo en el área, toda vez que un buque norteamericano se acerca a costas japonesas, etc., es causal de movilización instantánea de estas fuerzas críticas.

Elo naturalmente va acompañado de toda clase de epítetos provenientes de Moscú (*Tass, Pravda, Izvestia*, etc.) en que se aplican al Gobierno japonés etiquetas de "halcón derechista" y "militarista" por mencionar las dos más en boga en el léxico soviético. Pintoresca situación, si se considera que al mismo tiempo la Unión Soviética mantiene diez mil hombres en pie de guerra en las islas del norte, islas que el Japón continuamente reclama como suyas.

Hasta aquí hemos observado cómo la acción de desinformación y de manipulación de opinión pública que desarrolla la KGB en Japón actúa básicamente sobre el espectro político-militar de este país. Falta el segundo ángulo, que es el económico comercial, naturalmente para el Japón de una importancia siempre prioritaria. Junto con sembrar la duda política acerca de la actual alianza con Washington, los soviéticos están constantemente enviando señales al mundo empresarial japonés sobre espectaculares posibilidades y expectativas de orden económico, comercial y financiero. Un ejemplo claro de cómo se actúa está en la reciente visita de una delegación empresarial japonesa a Moscú. El Ministro de Comercio soviético usa un lenguaje violentísimo al tratar aspectos de la vinculación EE.UU.-JAPÓN y lisa y llanamente amenaza a los japoneses con una total destrucción si Tokyo continúa en una línea que Moscú estima "agresiva". A ese lenguaje tan fuerte en lo político, el oso ruso agrega el caramelo económico y, a los pocos días de regresar la misión al Japón, la empresa KOMATSU (la segunda en el mundo en materiales y equipos de construcción) anunciaba haber cerrado

un negocio de suministro de tubería para proyectos de gas natural en la región siberiana por valor de 200 millones de dólares.

El Gobierno japonés es muy claro al señalar que en todo lo relacionado con la Unión Soviética, los aspectos políticos son inseparables de los económico-comerciales. El propio Canciller japonés se lo recordó al Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Tokyo, Nagano, antes de partir presidiendo la misión a la URSS. Pero esta decisión de alta política japonesa no es fácilmente asimilable para el hombre de negocios y si bien Shigeo Nagano cumplió en Moscú y recordó a los soviéticos el problema de las islas del norte, para la mayoría de los empresarios japoneses la relación económica con la URSS debería desvincularse de aspectos políticos, ya que las posibilidades de orden comercial y financiero que ellos aprecian en la URSS son muy grandes y las circunstancias recesivas que afectan hoy al mundo no permiten estar desatendiendo mercados de tanta magnitud.

A lo anterior se agrega el hecho, muy bien utilizado también por los soviéticos, de que en la medida que Japón sea renuente a aprovechar las ventajas del mercado soviético por razones políticas, serán otros países del Mundo Libre los que tomen su lugar (Alemania Occidental, Francia, Inglaterra, Italia, etc.). Este juego de expectativas es una de las mejores cartas que hoy en día puede la URSS jugar frente a la gran industria japonesa, que es altamente influyente en la política de Japón y, a través de los Partidos, en el propio Gobierno. El profesor Hayao Shimizu es de opinión que los soviéticos, por esta vía, pueden influir bastante en política japonesa si no al nivel de cambiar los principios que hoy están inspirando al Gobierno, al menos para hacerle muy complicado el alcanzar los objetivos que eventualmente se fije en materia de seguridad y defensa del área.

Otro aspecto que puede facilitar la acción soviética frente al Japón es la característica misma de la sociedad japonesa, que guía normalmente sus pasos y sus decisiones en un esquema de consenso. Los japoneses no son amigos de las decisiones impuestas desde arriba y en su estructura social siempre se busca el acuerdo, el consenso y esa expresión japonesa "wa" que significa armonía.

Parte muy importante de la actual generación japonesa ha nacido y crecido en un mundo y en una concepción de total rechazo a la guerra. Japón ha crecido y se ha desarrollado en la paz y dentro de un criterio en que lo referente a defensa y a gastos militares no era prioritario. Durante muchos años, el pertenecer siquiera a una institución castrense japonesa era algo que no prestigiaba mucho. Los uniformes en Japón pagaban las

culpas de una guerra a cuya gestación el elemento civil nipón —especialmente su gran industria— no había sido del todo ajeno.

En pocos años, el pueblo japonés ve crecer la tensión política y militar en su entorno natural y comienza a tomar conciencia de que ciertamente hay un riesgo. Encuestas de opinión pública realizadas año tras año indican cómo los nacionales de este país van poco a poco aceptando la idea de que la paz hay que ganarla y no es gratuita, y que una forma de hacerlo es armarse adecuadamente para poder así disuadir a potenciales agresores.

Pero el tiempo ha sido escaso y las opiniones están divididas. En los meses de mayo y agosto de 1982, la Oficina del Primer Ministro del Japón llevó a cabo dos encuestas de opinión pública en materia de defensa y seguridad. Veamos algunas de sus conclusiones.

La encuesta de mayo se refirió a las Fuerzas de Autodefensa y a los problemas defensivos del país. Fueron encuestadas tres mil personas de ambos sexos mayores de 20 años sobre la base de entrevistas personales. Un 71 por ciento de los encuestados dieron respuestas en favor de la mantención de estas instituciones (de este porcentaje, 20 por ciento dijeron tener una buena impresión de ellas y 51 por ciento dijeron no tener una mala impresión de las mismas). Un 60 por ciento estimó que eran necesarias para "mantener la Seguridad Nacional", un 19 por ciento dijeron que su labor era proteger el orden y la ley, un 13 por ciento opinó que eran útiles para ayudar en desastres naturales y un 1 por ciento dijo que debían dedicarse a cooperar en labores de bien social. Respecto de la eventualidad de eliminarlas, un 82 por ciento dijo que ello no era conveniente, un 8 por ciento estuvo de acuerdo y un 10 por ciento dijo no saber qué contestar. Preguntados acerca de si un amigo íntimo o pariente deseaba ingresar a las Fuerzas de Autodefensa, cuál sería su actitud, un 27 por ciento dijeron que lo estimularían, un 45 por ciento que no opinarían ni en favor ni en contra y un 17 por ciento afirmaron que definitivamente tratarían de disuadirlo. Respecto de riesgos de guerra, un 28 por ciento dijeron estar convencidos de su existencia y un 32 por ciento dijeron que no descartaban la posibilidad de un conflicto. Un 21 por ciento dijeron que no creían que existiera tal riesgo. En general, las opiniones mostraron una variación de acuerdo a las edades de los encuestados. La gente más joven se mostró en general menos aprensiva que los mayores.

En la encuesta de agosto, sobre Paz y Seguridad del Japón, fueron entrevistadas 10 mil personas de ambos sexos y mayores de 20 años. Analizado el tema de la situación internacional, 66 por ciento dijeron que

ésta se tornaba cada vez peor y que afectaba al Japón, un 10 por ciento afirmaron verla más o menos igual y un 3 por ciento dijeron que la misma había mejorado. Preguntados sobre si comprendían el término "seguridad", solamente un 57 por ciento respondieron afirmativamente. Un 53 por ciento opinó que el camino mejor para la seguridad era la mantención de una acción diplomática basada en concepciones de paz, un 23 por ciento dijo que el camino era aumentar considerablemente la ayuda a países en desarrollo, un 57 por ciento dijeron que la seguridad se obtendría asegurando el libre flujo a Japón de recursos naturales y energía, otros hablaron de alimentos, otros de mejores condiciones de vida en el país, de tecnología, etc. Al consultárseles sobre las prioridades exteriores japonesas, 72 por ciento respondió EE.UU. y un 21 por ciento indicaron que la URSS era también una prioridad. Otras numerosas opiniones fueron a China, Europa y el Medio Oriente. Africa y América Latina no tuvieron menciones. Consultados sobre si estimaban que Japón podría ser atacado desde el exterior, un 24 por ciento contestó enfáticamente que sí, 46 por ciento dijo que había una cierta posibilidad y un 30 por ciento prefirieron no opinar o dijeron que no creían que ello fuese a suceder. Consultados acerca de la realidad militar y defensiva actual de Japón, un 10 por ciento dijeron ser partidarios de abolir el acuerdo con EE.UU. y tener una capacidad propia y fuerte, un 6 por ciento dijeron que abolirían el pacto con EE.UU. y también suprimirían las actuales instituciones defensivas japonesas, un 24 por ciento confesó no tener idea y el resto fue partidario de mantener el esquema actual de alianza con EE.UU. Hablando de defensa futura del país, un 39 por ciento dijo que la misma debía ser fortalecida aún más, un 37 por ciento opinó que había que dejarla tal cual y un 6 por ciento fue partidario de reducirla.

En otro país, el Gobierno posiblemente compararía los índices entregados por éstas y otras encuestas y simplemente echaría a andar un programa de mayor expansión en gastos de defensa. En Japón, volviendo a lo mencionado anteriormente sobre la especial estructura de su sociedad, esto normalmente no se hace y se procura en cambio entregar antecedentes y nuevos ángulos del problema que permitan ir logrando un mayor consenso en lo que el Gobierno estima prudente hacer.

La situación para el Japón es complicada y las soluciones no se aprecian fáciles ni simples. En la forma como se ha ido desarrollando la política del área en los últimos años, la capacidad negociadora japonesa se va encontrando paulatinamente dentro de parámetros más limitados y cierta-

mente menos flexibles que en el pasado. Se percibe el riesgo y se sabe exactamente de dónde proviene. Lo más serio posiblemente para el Japón es que sus necesidades básicas —que son vitales para el mantenimiento y fortalecimiento de su capacidad como nación altamente industrializada— son al mismo tiempo su mayor debilidad en cuanto a que su posición política se va complicando por causa de una situación de tensión en Asia a cuya génesis es completamente ajeno.

Difícil resulta dar opiniones o pronósticos cuando el panorama general de esta parte de Asia se encuentra sujeto a tantas presiones y a tantas contingencias. Posiblemente, así como el Japón tuvo la entereza para levantarse después del desastre bélico de los años '40, tenga hoy también la prudencia y la fortuna de poder manejarse políticamente en el peligroso panorama de los años '80.